

CHRISTIAN RAMÍREZ

Tal vez en verdad no hay que hacerse ilusiones con que el cine de ficción recupere la potencia que alguna vez tuvo. No ocurrirá, al menos en el corto plazo. Lo evidencia la cartelera —donde producciones de peso como “The Northman” luchan con dientes y muelas para sacarle mínima ventaja a títulos de acción y terror de tercera categoría—, lo demuestra el *streaming* con sus mil y una estrategias para conseguir que la gente permanezca pegada a la pantalla (pero no necesariamente viendo películas) y, como sabemos desde hace un rato, también lo prueba la solidez de las series: en lo que va del año y con la respetable excepción de “Licorice Pizza”, “Drive My Car” y uno que otro título suelto, las verdaderas flexiones y tensiones narrativas de 2023 se han dimensionado en términos de temporadas y episodios de programas que inician o que regresan tras la pausa pandémica ante televidentes que apenas disfrazan su ansiedad por mirarlos. Ejemplos sobran. La tercera temporada de “Barry” y la primera de “Tokyo Vice” (ambas en HBO Max). La tercera entrega de la premiada “Atlanta”. “Yellowjackets”, en Paramount Plus. “Severance”, en Apple +. “The Dropout”, en Star. “We Own This City”, el retorno de David Simon a Baltimore

El regreso de “Better Call Saul”:

# Ruinas de un pasado futuro



**¿Acaso es el fin de Nacho Varga?** Múltiples cabos sueltos comienzan a atarse en los episodios finales de la magnífica “Better Call Saul”.

por primera vez desde su ya legendaria “The Wire”. Y claro, al centro de este activo sistema planetario, un equivalente del Sol: los capítulos finales de “Better Call Saul”, precuela de la recordada “Breaking Bad”.

Antes que la cortina baje el próximo 15 de agosto, con su episodio número 63 (uno más que su serie madre), Saul será objeto de miles de comentarios y *spoilers* vía redes, cientos de artículos y multitud de teorías acerca de lo que le espera a Jimmy McGill, alias Saul Goodman, abogado flamboyante, sujeto

sin escrúpulos, “amigo del Cartel”, defensor de los desamparados y también de todos aquellos dispuestos a tomar los atajos necesarios para torcerle la mano al sistema. En sus siete años de rodaje, el *show* se ha vuelto una especie de unicornio audiovisual: es el rarísimo producto contemporáneo capaz de generar consenso entre público y crítica, gatillar complicidades, amasar fanaticada, ser interpretado en clave de entretenimiento, pero también como testimonio de arrebatos, horrores, tragedias y pulsiones disolventes que, observadas con algo de de-

tención, nos resultan inquietantemente familiares.

Interpretado originalmente en plan de caricatura por el comediante Bob Odenkirk, el personaje central ha evolucionado enteros a partir del picapleitos que ideaba imaginativas estrategias de lavado de dinero para las ganancias generadas con la droga fabricada por Walter White. Algo parecido ocurre con su ambientación: si bien las coordenadas geográficas son prácticamente las mismas de la historia original —los alrededores de Albuquerque, Nuevo México, incluyendo la frontera con México y más allá—, el paraje moral que aloja las correrías y los dilemas de McGill y su entorno es notoriamente más complejo e intrincado, y quizás el espectador logra percibir su verdadero alcance cuando ya ha pasado por el infierno de “Breaking Bad” (un consejo para los neófitos: conviene ver “Saul” después, aunque los acontecimientos que narra son cronológicamente anteriores a BB).

Internarse en el pasado con in-

formación estratégica sobre lo que ocurrirá con tus personajes en sus respectivos futuros es un recurso que la serie ha explotado a máxima capacidad, tanto para responder interrogantes específicas (¿que lleva a Jimmy a “transformarse” en Saul?) como para aventurar algunas más ambiciosas —¿qué se requiere para que la sociedad produzca un sociópata como Walter

## “BETTER CALL SAUL”

(Estados Unidos, 2015-2022). Con Bob Odenkirk. Creada por Vince Gilligan y Peter Gould. Disponible en Netflix.

White? Posible respuesta: la codicia, el relajamiento ético, las acciones irresponsables de privados y del Estado, de abogados y criminales, de sujetos poderosos y de ciudadanos comunes y silvestres; un quiebre sistémico que la serie narra con precisión y parsimonia escalofriantes—; sin embargo, gran parte de la diversión y del sufrimiento que el programa genera en su audiencia aún proviene de los cabos sueltos, de situaciones que siguen suspendidas en el aire y, sobre todo, del destino de aquellos que no lograron “cruzar el río”: esos miembros del elenco que no aparecen en “Breaking Bad”, pero que todavía

se aferran al borde del precipicio, semana a semana, mientras “Better Call Saul” va agotando sus últimos cartuchos. Kim Wexler, colega, pareja y secuaz de Jimmy, en las buenas y en las malas. El demoníaco Lalo Salamanca, capo del Cartel que transita con desarmante libertad entre fronteras reales y alucinadas. Howard Hamlin, abogado cuya máscara de éxito esconde grietas y precipicios que sobrepasan con mucho los confines de la serie. En los tres primeros capítulos de esta sexta temporada (cada martes sube a Netflix uno nuevo), la atención ha estado centrada en el que quizás sea el caso más desesperado entre estos naufragos: Nacho Varga, joven traficante que, en vez de escalar hacia posiciones de poder en la pandilla, desde la primera temporada ha sido constantemente aplastado por sujetos más influyentes, por una inalterable cadena de mando, por lazos de familia y por sus propias dudas en torno a la “profesión” que ahora lo tiene atrapado. Muchos han visto en su furia un eco de la rebeldía de Jesse Pinkman, el ayudante de Walter en “Breaking Bad”; pero mientras Jesse emprende la fuga para huir de sí mismo, la desafortunada carrera de Nacho es para intentar encontrarse. Escarbar un futuro en medio de las ruinas del pasado, antes de que se haga demasiado tarde.